



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SATÍRICO Y LITERARIO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero.)

Año III. PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana 14 de Julio de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN INTERIOR. Núm. 28
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ 30

SUMARIO:

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Un quidam, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—Boceto á la pluma de James Gordon Bennet, por Juan Cualquiera.—Cuentos de manigua: El Chavalillo, por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull.—Dos chasquidos y un camelo, por Juan de Austria.—Juan y Pedro [poesía], por Juan Perez.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.
CARICATURAS.—Por Don Junípero.

MENESTRA SEMANAL.



Barba-Azul tiene un cañón! ¡Chipé!

El marqués de Santa Lucía ha pronunciado un discurso. ¡Olé! Barba-Azul y el señor marqués son dos notabilidades: el primero por la artillería y el segundo por la oratoria.

Los vírgenes bosques de la hermosa Cuba permanecían tranquilos y reposados; porque ya está plenamente comprobado que los que con más resignación soportan la virginidad en este mundo son los bosques.

Arboles corpulentos, auras tiñosas y toda clase de alimañas componían aquella salvaje sociedad. Porque en tan agrestes sitios todo era salvaje desde mucho antes de aparecer en ellos y de hacer oír su potente voz el ciudadano Salvador Betancourt Cisneros: después.... no digo nada! ya, ya!

Después se ha oído un discurso donde sólo habían resonado aullidos de seres irracionales, y el mundo no ha notado la diferencia!

Nada; como siempre!
¡Pícaro mundo!

Porque, según cuenta *La Revolucion*, el marqués de Santa Lucía, que anda de Ceca en Meca por esos montes, presidiendo siempre, como es consiguiente, la cámara de Cuba libre, sembró patatas, y qué dirán ustedes que le ha salido?

¿Unos cerdos que se las comieron, como dice el chascarrillo?—No, señor; donde está el marqués de Santa Lucía no hay puerco que se atreva á pasarle delante.—Plantó patatas y le salió un discurso.

Salvador Betancourt, de inolvidable recuerdo, ¿cobró usted aquel pico, lector cariñoso? porque si nó á usted, á cualquier pariente suyo le ha de deber algo Salvador Betancourt—se hizo la siguiente reflexión:

La ternera tiene lengua y se come: también la lengua de carnero es comible, y la de la vaca.... etcétera.

¿De qué me sirve la mia?

Pues si la lengua de vaca, de ternera y de carnero se comen, la mia, que no ha de ser ménos, ha de servir para dar una indigestion.

¡Y lo ha conseguido el condenado! Qué discurso, válgame Dios!

Tratábase de abrir la cámara de Cuba libre. Esta dichosa cámara no tiene puertas, ni ventanas, ni techo, y sin embargo, se cierra y se abre á gusto de los redactores de *La Revolucion*.

El marqués de Santa Lucía, presidente de esa cámara, que se abre y se cierra más que una caja de rapé en manos de un fraile, echó su discurso y todo, como un hombre.

No sé quién, pero supongo que una aura tiñosa tomó notas taquigráficas, y á eso debemos el gusto de poderlo leer hoy en las columnas del periódico filibustero.

El discurso es muy bonito, eso sí: tiene un sabor campestre que deleita. Lea usted cualquiera de sus párrafos y se figura estar viendo la tupida maleza, la escarpada roca, el manso arroyuelo—eso sí, hay en él mucho de manso!—y el buey preparándose para dormir la siesta. Sobre todo, el buey es lo que mejor hace Salvador Betancourt.

Todo respira candor en la oratoria del marqués de Santa Lucía: resplandece en ella la sencillez de los campos. ¡Ya se vé, es primerizo el pobre! y creo que su novedad ha sido fuera de tiempo.

Con encantadora ingenuidad llama culpables partidos—allí está escrito y no me desmentirán—á las agrupaciones que forman los emigrados en el extranjero.

Dice con la buena fé de un niño que los insurrectos estaban amenazados por la anarquía. ¡Sublime oratoria la del señor marqués!

Se lamenta de que el presidente Céspedes carezca de sucesion.—Esta parte del discurso es la que tiene algo de verde. ¡Ave María! me ruborizo de pensar que Céspedes pueda tener, vamos.... un deslíz!

Exclama con infantil donaire: “el remedio más eficaz de todos los males con que la ruda y azarosa guerra nos aflige es la union de los esfuerzos de todos, así de los que arrastramos aquí mil privaciones, peligros y amarguras, como de los que se reclinan en las riberas de extranjeros rios.”

¡Con qué candidez está dicho eso del reclinatorio!

Y acaba diciendo á los emigrados:

“Vengan á participar de la cosecha de gloria que recogén nuestros soldados: vengan otros también armados de luz á ayudarnos en la creacion de las democráticas instituciones.”

Vamos, hombre, animarse, que fresca verdolaga no ha de faltar para cubrir un par de docenas de frentes.

Si Salvador Betancourt hubiera añadido á estos rasgos de ingenio, que después de tanta alharaca y después de tanto hablar de república y presidencia no han sido capaces los insurrectos de tomar

ni un sólo fuerte, ni de ocupar una sola posición defendida por cuatro soldados y un cabo, ni de entrar en el pueblo más insignificante, se acredita el inolvidable marqués de orador montañés de primer órden.

Buen ejemplo le dá un periodiquin filibustero que se publica en Nueva Orleans con el título de *El Emigrado*.

Este no se para en barras, y dice con la mayor frescura, “que la revolucion cubana ha estado desde sus principios hasta ahora supeditada á la ineptitud y á la mentira.”

¡Chúpate esa! Hablando del Dr. Houard, pregunta el mismo periódico con mucha naturalidad y sencillez: “¿por qué no lo fusilaron? ¿por qué lenidad con los extranjeros que no van á Cuba, ó pretenden ayudarla en su revolucion, más que para explotarla?”

Una pregunta suelta:—¿Un mambí es capaz de tener razon alguna vez?

Porque en el caso presente, parece un sér racional el que así discurre.

Me dá pié para un nuevo párrafo una cuestion de piés.

Digo piés por un arranque de generosidad y esplendidez. Pude decir patas y sin apartarme de la verdad.

Consecuencia que se desprende de lo que llevo escrito, que tengo que hablar de los emigrados de Cayo-Hueso.

Cópio de su órgano *El Republicano*: “El día de la victoria no ha de quedar en Cuba un sólo español: á puntapiés y á escobazos les haremos salir.”

La gente de *El Republicano* está acostumbrada á recibir en la cara golpes de mano española, y como la vergüenza se le fué á los piés, juzgan que allí tienen la fuerza.

Al soltar esta especie, el emigrado cubano ha puesto ya el pié en alto, y así lo conserva hasta mejor ocasion.

Falta solamente demostrar si está errado. Y aconsejo al cajista que no se pare por h de más ó h de ménos.

JUAN PALOMO.

UN QUIDAM.

Conocen ustedes al señor Eueda?

Nó? pues yo tampoco.

Pero tengo noticias auténticas de ese caballero, que me han venido fresquecitas por conducto de *La Revolucion* de Nueva York, órgano mambí de primera fuerza y entusiasta admirador del señor Eueda.

Y cuando *La Revolucion* simpatiza con el susodicho sujeto, ya ustedes podrán calcular qué tal será ese sujeto que merece las simpatías de *La Revolucion*.

Yo no sé si el Sr. Eueda es feo ó bonito, joven ó viejo, casado, soltero ó viudo, pero sí que redacta en Madrid un periódico titulado *La Propaganda*, órgano de la sociedad abolicionista que allí tienen establecida algunos filántropos á la moda.

Y el señor Eueda, que se dice español, aunque yo no lo creo, se revuelve contra España, contra sus hijos, contra sus instituciones y contra todo lo que estorba el triunfo de la idea separatista en Cuba, con un calor que sólo puede compararse á la gran cantidad de filantropía que el señor Eueda se ha colocado entre pecho y espalda.

Justo es decir que hasta el 25 de mayo del año corriente, el periódico, abolicionista había rehusado meter su cuchara en el potaje político que se llama *Cuestión de Cuba*, pero llega el citado día, y echando á un lado la vergüenza y el escrúpulo, entra de lleno en ella, aunque por la puerta escusada de que sólo se sirve el laborantismo, insertando un artículo plagado de insultos y calumnias, de extravagancias y ridiculeces, y tal como deben ser todos los escritos separatistas para estar en carácter.

Este artículo lleva al pie un nombre desconocido hasta hoy, pero que ya no lo será tanto, porque me he propuesto sacarlo á la picota de la opinión, á fin de que todos cuantos el presente leyeren y entendieren, sepan que existe en Madrid un señor Eueda, aficionado á lo verde y capaz de todo, hasta de escuchar sin abochornarse los epítetos de honrado é ingenuo que en un arranque de entusiasmo mambí le tributa *La Revolución* de Nueva York.

A este señor Eueda le ha sucedido lo que á Manuel chau chau, protagonista de un salado cuento andaluz que la conveniencia me manda callar. Sólo diré que el tal Manolito llegó á ser mayor edad sin pronunciar más palabras que el eterno *chau chau* de que se servía para todo; á los veinticinco años rompió á hablar por fin, y lo primero que articuló el niño fué una petición de tal naturaleza, que su madre le arrojó el palo del siglo. Algo de esto le ha pasado al señor Eueda; al cabo de cuatro años de insurrección se le antojó tomar vela en el entierro de la misma, y lo único que ha dicho lo hace digno de un bozal.

Muy tarde, y desde muy lejos, ha puesto el articulista de *La Propaganda* su pluma de ganso al servicio de la causa maniguera, porque ya lo hecho no tiene remedio, los soldados y los voluntarios se han acostumbrado de tal modo á dar palizas, que ya no saben estarse quietos, y á este paso no vá á quedar dentro de poco en la Isla un insurrecto para contarle al señor Eueda el sistema que aquí se tiene de repartir palos; pero ese señor tiene la culpa de tales desperfectos, que si él hubiera venido en persona á ayudar á sus amigos desde el primer día en que los insurrectos necesitaron hombres al tenor del señor Eueda, otro gallo les cantara.

Mas por dicha nuestra, el terrible, el tremendo, el invencible escritor que usa cuatro vocales entre las cinco letras de su apellido, no le ha dado tan fuerte como para venir á Cuba, y se contenta con ladrar á la luna desde la capital de España, vomitando sapos y culebras contra los españoles, que por lo visto le conocen lo suficiente para no hacerle caso.

Profunda pena causan al señor Eueda "los horrores de una guerra insensata que el despotismo provocó en Cuba," y aunque éste cargo al gobierno español no es ni nuevo ni admisible, lo repite nuestro hombre para que no se olvide.

Podrá ser *insensata* la guerra, pero yo le aseguro al señor Eueda que la llevamos á cabo con suma sensatez, porque por acá cada uno de nosotros sabe de corrido dónde le aprieta el zapato, y damos concienzudamente á cada uno su merecido con toda la cordura y urbanidad necesaria; ¡ay! si pudiéramos darle también al Sr. Eueda la parte que le corresponde!

Que la guerra la provocó el *despotismo*, frase bonita, sentimental y de mal olor, porque trasciende á petróleo.

Seguramente que en Cuba existiría el año de 1868 ese despotismo de que yo no tengo la menor noticia, y eso que pasan de treinta los años que voy echando por estos trigos, pero lo dice el señor Eueda, al que supongo mejor enterado en Madrid que yo en la Habana de lo que sucede en Cuba, y basta con eso. Lo que no sabe ese señor es lo dulce, lo bienhechor, lo patriótico de ese despotismo, por el cual suspiramos recordando las épocas de paz y libertad que á su sombra disfrutábamos, ántes que los tiranos de la manigua vinieran á alborotar el cotarro y á echar á perder esta hermosa

provincia, que no tiene la culpa en haber dado nombre á tantos renegados.

Reflexione sobre lo que acabo de decir el señor Eueda, y otro día que esté de humor agregaré á lo dicho algunas cosas, que serán, yo se lo aseguro, infinitamente mejores.

JUAN PEREZ.

FRITURAS.

Viendo un turco pasar un magnífico entierro, dijo:—¡Cuántas luces y cantares para un hombre que no vé ni oye! Alá conserve mis creencias.

Si los hombres se hiciesen virtuosos repentinamente, quedarían muchos de ellos reducidos á perecer de hambre.

Los escudos de armas son indispensables para la mayoría de los que los tienen; porque si no fuesen nobles por el escudo, ¿por dónde diablos lo habían de ser?

En realidad nada hay tan bello como las alianzas; ved la alianza del hombre y el caballo. Es muy admirable; pero lo que conviene es no ser el caballo.

El doctor Hanneman asistió á un enfermo, le dió á oler un frasco y reclamó sus honorarios diciendo que le había librado de la enfermedad.

El convaleciente sacó una moneda de oro, la frotó por el revés de la mano del doctor, se la volvió á meter en el bolsillo, y le dijo:—Como me curas te pago.

Nicolás, obispo de Palermo, leyó un libro en que se demostraba que la pobreza es un bien, y exclamó:—Señor, líbrame de ella; yo no quiero bienes en la tierra.

El Condestable de Montmorency dijo que quería ser enterrado en hábito de capuchino, y oyéndolo un caballero llamado Montdragon, le replicó:—Por vida mia que lo habeis discurrido discretamente, porque si no os disfrazais bien, de seguro que no entráis en el Paraíso.

El papel más difícil de desempeñar en la Corte, decía una dama, es el de dama de honor.

La horca fué inventada para adular al género humano; de vez en cuando se ahorca á tres ó cuatro malvados sólo para persuadir á los demás que son gente honrada.

Un sabio decía: la opulencia es la ventaja que cualquier estúpido puede tener sobre mí.

Decía un internacalista:—Hay hombres que no producen en vida ni en muerte; en vida porque gozan tranquilos el fruto de sus capitales, en muerte porque son sepultados en suntuosos mausoleos. Si se les enterrara, en la verdadera acepción de esta palabra, producirían yerba, lo único que pueden dar de sí.

El profesor Gunnings dice que la catarata del Niágara no es muy antigua, y en prueba de ello demuestra, por medio de la geología, que no puede tener más de 20,000 años! Eso llama ser joven ese señor.

El emperador de la China tiene 16 años edad, y desde hace tres años se están disponiendo los preparativos de su matrimonio, que á ésta fecha debe haberse efectuado. Como es hijo del Sol, asistirá á la ceremonia entre dos elefantes, y como la novia es hija de la Luna, irá envuelta en perlas.

En el Japon se acaban de abolir los edictos contra el Cristianismo, expedidos desde hace tres siglos y que han continuado rigiendo hasta hoy.

Parece que los buques de madera son superiores á los de hierro para sufrir las tempestades. De 1841 á 1872 se han perdido en el Océano Atlántico 42 vapores, y de ellos 38 eran de hierro y 4 de madera. De 1865 á 1868 ha habido cinco vapores de hierro ingleses de los cuales no se ha vuelto á saber.

El emperador de Alemania ha comprado un palacio en Roma por \$300,000.

El Congreso americano ha votado \$10,000 para una estatua del general Rawlins, que murió en 1869 siendo ministro de la Guerra. Es lástima que la escultura esté tan atrasada en los Estados Unidos, porque la pagan bien y la ejecutan mal.

Garibaldi envejece rápidamente. Anda siempre ya sobre muletas y tiene las manos desfiguradas por el reumatismo; pero no ha perdido su buen humor y su franqueza. Cuando se muera, se hablará de él como se habla hoy de Orlando, de Amadís de Gaula y otros paladines.

JUAN DE JUANES.

BOCETOS A LA PLUMA.

JAMES GORDON BENNET.

"Gordon se llama, y no es sordo, á lo que su nombre indica; según el *Herald* se explica, miente Gordon, pero en gordo."

Esto decía JUAN PALOMO el 10 de Julio de 1870 al dar el retrato en caricatura del personaje cuyo nombre encabeza estas líneas. Y si tan duramente calificaba al famoso periodista, sobrábale para ello motivos, pues el *Herald* se ha mostrado siempre muy hostil á nuestra causa y no ha escaseado las invenciones absurdas para predisponer la opinión pública en contra de los españoles y en favor de los insurrectos de Yara.

¡Dios le haya perdonado la mala intención!

No seguiré ahora dirigiéndole pullas como las del 10 de Julio de 1870; Gordon Bennet ha fallecido á los 77 años de edad, poseyendo una fortuna, según dicen, de catorce millones de pesos—¡circunstancia agravante!—y llorado por todos sus conciudadanos y algunas personas más.

Ante la muerte se extinguen los rencores: echo, pues, al olvido el daño que ha pretendido causarnos y procuraré hacer el *boceto* del que ha sido un verdadero genio, del fundador no sólo del periódico que más lectores ha alcanzado, sino de la prensa norte-americana, que en su desarrollo prodigiosísimo no ha hecho más que seguir la senda que le trazó Bennet en la publicación del *Herald*.

Gordon Bennet, después de pasar mil vicisitudes en los primeros años de su vida, tuvo la fortuna de comprender mejor que nadie el carácter del pueblo yankee y supo explotarlo en su favor.

Lo explotó haciéndose dueño de la opinión pública, por medio de su flexibilidad para amoldarse á los deseos de las masas, cuyas pasiones sabía halagar á su tiempo.

Un extranjero hizo tributarios suyos á los lectores todos de una gran nación.

Extranjero digo, porque Bennet no era yankee, como muchos creían, sino escocés.

Nació de padres franceses en New-Mill, pequeña aldea del condado de Banffshire, el año 1795, y su niñez la pasó en el tiempo en que el nombre de Napoleon llenaba el mundo.

Las glorias del gran conquistador impresionaron fuertemente al joven Bennet, cuyo corazón era francés de pura raza.

Napoleon fué su ídolo, y Gordon Bennet, á quien hemos conocido en estos tiempos frío, calculador, positivista y especulador hasta el cinismo, era entonces un joven, casi un niño, ardiente, con una imaginación llena de poesía, un corazón rico de entusiasmo y una dosis de romanticismo que todo lo poetizaba.

La caída de Napoleon debió causarle una grandísima impresión de desconsuelo, pues coincidiendo con la retirada á la isla de Elba del Gran Capitán del siglo, entró en el Seminario Católico de Aberdeen para dedicarse al sacerdocio. Allí aprendió el latín lo suficiente para leer á Virgilio y citarlo después en su periódico y á leer y escribir el español con bastante facilidad.

A los dos años abandonó el Seminario, convencido de que no tenía vocación para sacerdote.

El númen poético de Bennet se había despertado, su ambición empezaba á crecer, sentía dentro de sí la llama del genio, ansiaba llegar al templo de la fama, pero no sabía qué camino seguir.

Hizo versos: brillaban en todo su esplendor entonces los génius sublimes de Byron y Shelley, y Bennet no tuvo cabida. Sus cantos no encontraron eco. Dejó de pulsar la lira del poeta y su imaginación permaneció inactiva dos años, hasta que en 1817 cayó en sus manos un ejemplar de la *Autobiografía de Franklyn*, que le enseñó el camino del porvenir.

—Hé aquí, exclamó, el hijo de un impresor sin amigos y sin dinero, abriéndose paso desde la más humilde posición á los palacios dorados de los reyes.

Desde entonces soñó continuamente en América. Dos años después, á principios de 1819, emprendió el viaje y en mayo desembarcó en Halifax con 25 duros en el bolsillo, una maleta con ropa á medio uso, una imaginación llena de poesía y una fuerza de voluntad inquebrantable.

Empezó dando lecciones de tenebría de libros, pero convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, abandonó la ciudad á los pocos meses, haciendo el camino á pié hasta Portland, donde se embarcó para Boston.

Dos días estuvo recorriendo la ciudad puritana sin tener bocado de pan que llevar á la boca hasta que entró como dependiente en una tienda. Desde allí pasó de corrector de pruebas á un periódico.

La empresa de éste quebró, y Bennet, que no tenía vicios, que bebía poco y fumaba menos, como dice uno de sus biógrafos, había conseguido ahorrar algún dinero, y se trasladó con él á Nueva York.

Desde este instante entró de lleno en la vida del periodismo, recorriendo varias redacciones, tomando parte en diferentes publicaciones y dándose á conocer por su estilo incisivo y por su manera de mirar las cuestiones bajo el punto de vista exclusivo del interés personal.

No seguiremos paso á paso todas las peripecias de su vida en aquella época en que no figuraba en primera fila para hacer interminable este *bozeto*, pero citaré un hecho que prueba inventiva para producir efecto.

Concibió el proyecto, y lo realizó, de publicar unas cartas llenas de alusiones personales. En ellas no solamente hablaba de los hombres políticos, sino de sus esposas y de sus hijas. Describía minuciosamente el tocador de las damas y dedicaba párrafos no pequeños á la corbata del Presidente de la república y á la silla de montar de su sobrina. El género tenía novedad y causó efecto no solamente á los tontos, que eran los llamados á entusiasmarse, sino entre muchos hombres instruidos, pero partidarios de la chismografía.

Aquellas cartas afianzaron la reputación de Bennet, que ganaba con su trabajo doce pesos semanales, cantidad enorme en aquel tiempo.

Fundó varios periódicos para defender distintas ideas, pues en política no reconocía otros principios que el medro personal ni aspiraba á más que á burlarse de los tontos que tomaban la cosa por lo serio.

Dió á luz el *Pesilvanian* para defender al partido demócrata, pero sus amigos le abandonaron: pidió 2,500 pesos para continuar la publicación, que desfalleció, y obtuvo una negativa: entonces se retiró de la arena, protestando que no publicaría otro periódico hasta que pudiese fundar uno que no necesitara otro sosten que el favor del público.

El 6 de mayo de 1835 publicó el primer número del *Herald* al precio de un centavo cada ejemplar.

Se confeccionaba en un profundo sótano, cuyo ajuar consistía en una tabla, apoyada en dos barriles, que hacía el oficio de mesa. Había una silla en el centro, en la que se sentaba Bennet, que á la sazón contaba 38 años de edad, y se ocupaba en escribir, vender periódicos y recibir anuncios.

Todo lo hacía él: escribía artículos de fondo, barria el sótano, repartía el periódico á sus escasos suscritores y buscaba noticias.

Se sentaba detrás de sus barriles, y cuando alguien entraba á comprar un número, decía, sin levantar la cabeza y sin dejar de escribir:

—Ponga el dinero sobre el mostrador y tome el periódico.

Trabajaba diez y seis ó diez y siete horas diarias. Sus artículos eran agudos, insolentes y llenos de novedad. Las gentes se admiraban de la osadía de aquel escocés desconocido, que atacaba la vida privada sin rebozo alguno. El periódico adquirió malísima reputación, y esto fué bastante para que se hiciera popular.

Se le ocurrió á Bennet dar cuenta diaria de las operaciones de la Bolsa, cosa que ningún periódico hacía en aquella época. Con esta innovación el *Herald* empezó á ser buscado con interés por los hombres de negocios.

Un incidente casual vino á aumentar la fama naciente del periódico. Un horrible incendio destruyó algunas calles de Nueva York. Bennet situó á todos sus *reporters*, que no eran muchos, en el lugar de la catástrofe, él mismo pasó la mitad del día entre las ruinas tomando notas, y publicó tales descripciones de las horribles escenas que tuvieron lugar, tan minuciosamente refirió hasta lo más insignificante, intercalando en el relato grabados en madera de ejecución destestable, empleó la farsa con tanto acierto, que se vendieron 50,000 ejemplares del *Herald*. Su tirada ordinaria era entonces de 2,000 ejemplares.

En 1841 imprimía 40,000. Durante la guerra civil hubo número que alcanzó una circulación de 132,000 ejemplares. Hoy sólo imprime de 70 á 80,000; pero, en cambio, los ingresos por anuncios son tan crecidos, que pasan de 7,000 pesos en un día.

El gran secreto de la fortuna de Bennet consistía en su actividad por adquirir noticias de todas clases y de todas partes del mundo. Durante la guerra gastó \$525 000 en pagar 63 corresponsales que acompañaban á los ejércitos.

Quería ser siempre el primero en dar las noticias, y se irritaba cuando otro periódico le tomaba la delantera. En cierta ocasión el *World* anunció un suceso de la guerra antes que él; cuando el corresponsal, que en seguida le comunicó el hecho, le presentó una cuenta de gastos en que estaba incluido el valor del caballo que montaba, muerto de bala enemiga, se negó á pagar, diciéndole que un caballo que el *World* se había dejado atrás, no valía un centavo. En cambio, cuan-

do las noticias que les daban sus corresponsales y *reporters* adelantaban á las recibidas por los demás colegas de la prensa, no sólo pagaba las cuentas sin examinarlas, sino que añadía crecidas gratificaciones.

Se refiere una anécdota que pinta la actividad que supo imbuir á todos sus agentes. Se abrían las cámaras francesas, y el discurso del Emperador era esperado con viva ansiedad.

Cada uno de los corresponsales que en París tenían los periódicos de los Estados Unidos quería ser el primero en transmitir por telégrafo el discurso. Faltaban algunas horas para que se abriese la sesión cuando el corresponsal del *Herald* llegó á la oficina telegráfica. La línea no funcionaba en aquel momento.

—No transmitan ustedes ningún despacho hasta que yo traiga el mío, dijo á los empleados.

—No es posible: el primero que llegue será preferido.

—Pues entonces que vayan transmitiendo esto, para que no me quiten la vez, y entregó la Biblia protestante que llevaba en el bolsillo.

La broma costó muchos miles de duros, pero el *Herald* publicó el discurso de Napoleon á las pocas horas de haber sido pronunciado.

Bennet vivió aislado, murió aislado, y su existencia la pasó luchando y trabajando sin descanso. Era sóbrio y no tenía vicios. Su presencia personal era notable: de más de 6 pies ingleses de estatura, de pocas carnes y porte erguido, tenía muy desarrollada la musculatura y poseía una fuerza extraordinaria en los brazos y en las piernas. Era feo en toda la extensión de la palabra. Tenía las facciones muy abultadas y un defecto de estrabismo, contraído por el exceso de trabajo, aumentaba su fealdad.

Tal ha sido el que estuvo considerado como el primer periodista de la gran república.

JUAN CUALQUIERA.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO QUINTO.

EL CHAVALILLO.

XXI.

Y como el lector comprenderá, después de lo que dejó sentado al concluir el capítulo anterior, Víctor Guillen cumplió su propósito de rondar aquella noche por delante de las ventanas de Javiera, tanto porque en aquella mujer encontraba una receta intalible para curarse de su pasión por Consuelo Vargas, cuanto porque el *recipe* era agradabilísimo, atendido su mérito personal. ¡Pues no! Javiera, buscada como calmante ó como recurso, era una mujer peligrosa, porque el amante que huía del peligro de una pasión, podía dar en otro mayor; era ir de Seyla á Caribdis; Víctor Guillen se exponía á justificar el retrán español de que á veces es peor el remedio que la enfermedad.

Pero el joven jerezano no se hizo semejantes reflexiones; había ofrecido consagrarse á la primera mujer que le deparase la fortuna en el puerto adonde llegaba, y agradecía á su buena suerte que fuese con él generosa, puesto que había cruzado en su camino una criatura como Javiera.

Una vez acuartelada la tropa en Nuevitás, diéronse los voluntarios á correr por las calles del pueblo, que no les podían ofrecer grandes emociones ni gran variedad; sólo Víctor permaneció en el cuartel, atormentado por sus recuerdos y con ganas de llorar al acordarse de sus padres y de todo lo que en España había dejado; aquellas sensaciones que experimentó le convencieron más de que el último remedio para su malestar era la hermosa camagüeyana que en la Marina había apagado su sed; y apenas tendió la noche su manto, salió resuelto á consagrarse á su conquista.

Al pasar por delante de la casa de Javiera, hallábase ésta sentada junto á la ventana, mecándose en un columpio de paja, con la barba apoyada en el índice de la mano derecha y con el brazo apoyado en el del sillón; parecía que estaba pensativa, y como á los hombres, por desgracia, les domina el amor propio, asaltóle á Víctor la idea de que aquella mujer, que sólo había cruzado con él por la mañana cuatro palabras, estaba ya por la noche pensando en el soldado á quien había socorrido con un vaso de agua.

La belleza del voluntario era de las que á primera vista producen impresión, y esta vez no se había equivocado en la suposición de su amor propio; pues, con efecto, Javiera estaba pensando en la belleza de Víctor, y allí en sus adentros lamentaba en aquel instante que un hombre que poseía una figura tan hermosa y unos modales tan distinguidos se viese obligado á cargar con un fusil. Cuando Víctor pasaba por delante de la ventana de Javiera, vagaba por los labios de ésta la siguiente frase: "¡Si siquiera llevara la insignia de alférez!"

La última palabra salió ahogada por una exclamación, especie de grito que se escapó de un pecho al ver el voluntario. No debe extrañarse esta sorpresa, porque en su ofuscación creyó que Víctor había oído la frase anterior, y con ella se habría delatado; él no la oyó, pero el grito le hizo comprender que la enagenación de Javiera y su sorpresa misma aumentaban la verdad de su sospecha. Entonces, acercándose á la reja, con maneras muy corteses, dijo:

—Sentiría haber asustado á usted, señorita, pero estaba por cierto lejos de mi ánimo, y más todavía lejos de mis deseos, inquietar á una persona con quien mi buena suerte me ha ligado al poner el pié en este pueblo.

—¡Ligado! exclamó la linda camagüeyana con extrañeza.

—Sí: no recojo la palabra, que es tan inocente como santa, señorita.

—No comprendo...

—Hay un lazo que une las almas con fuerza, porque lleva en sí el sello de todas las virtudes y está inspirado por la más noble de las pasiones.

—¿Y ese lazo?.... preguntó Javiera mirando fijamente á Guillen.

—Ese lazo es la gratitud.

—¿En qué la funda usted hoy?

—Mi madre me enseñó el Catecismo, y no he olvidado que una de las obras de misericordia es dar de beber al sediento, contestó el voluntario riéndose.

—Yo aprendí las reglas de la doctrina, y por eso mismo no di importancia á un vaso de agua.

—Ese vaso de agua, señorita, fué la vida para el pobre expedicionario que tenía sed; y he creído que era en mí un deber dar las gracias.

—¿Y para eso se ha mo'estado usted en venir hasta aquí?

—El hombre que tiene la fortuna de encontrar una *samari-tana* tan bella, no se esfuerza mucho para cumplir con ese deber.

—Es decir, observó Javiera riéndose, que si yo fuese fea, se creería usted relevado de demostrar su agradecimiento.

—La observación es tan oportuna como picante, y no sé contestar categóricamente; lo único que repito es que bendigo á la Providencia por haberme hecho sentir la sed, y más todavía por haberse valido de tan preciosas manos....

—Poco á poco, interrumpió la joven con tono de severa reprensión; creo que me está usted galanteando, y la gratitud tiene sus límites que no pueden traspasarse sin que la noble pasión pierda su mérito.

—Habla usted como un libro bueno, y sospecho que no tardaré en arrepentirme de haber venido á manifestar mi agradecimiento.

—¿Por qué?

—Porque temo que aquel vaso de agua no consiguió solamente calmar mi sed, sino que....

—Comprenderá usted, señor soldado, que no me es permitido prolongar esta conversación desde el momento en que toma un giro tan inconveniente.

Por fortuna para Javiera y, como el lector verá después, también para Víctor, entró en la sala un hombre bien portado, grueso, de gesto venerable y con la cabeza cubierta de canas, que hizo un gesto de disgusto al ver á su hija en conversación con el voluntario, y acercándose á la ventana, preguntó con tono de autoridad:

—¿Qué busca aquí ese militar?

—Caballero, contestó Víctor, extrañará usted mi presencia en esta sitio; pero soy un hombre bien nacido, y conozco las leyes de la sociedad; esta mañana he llegado aquí, formando parte del batallón de andaluces, donde senté plaza en Cádiz como voluntario, y merecí de esta señorita un favor....

—¿Un favor? preguntó el anciano.

—Sí, papá, se apresuró Javiera á decirle; me pidió un vaso de agua, y no podía negárselo.

—Hiciste muy bien, hija mía, en socorrer á un defensor de la patria; pero esta visita....

—He venido simplemente á dar gracias por el favor que recibí. No soy lo que parezco, caballero; visto voluntariamente el honroso uniforme del soldado, pues vine á sostener la integridad del territorio, pero pertenezco á una familia ilustre, y mi padre es una de las personas más ricas de Jerez de la Frontera.

—¿Y el padre de usted consintió en este viaje?

—Mis padres sabían mi salida de Cádiz cuando ya estaba yo lejos del puerto; es decir, cuando no tenía remedio el paso que ellos habrán calificado de calaverada, y que di arras-trado por el más noble de los entusiasmos: ¡por el amor á la patria!

—¡Bravo, joven! exclamó el padre de Javiera, aproximándose á la reja para estrechar con efusión la mano del voluntario. El que obra así merece bien de esa patria que invoca, y no debe quedarse á la puerta de un hombre honrado. Entre usted en mi casa, y disponga de cuanto en ella tengo, que estoy seguro de que nunca me arrepentiré de haberla franqueado á quien sabrá portarse como lo exigen su nombre y el uniforme que viste.

—Gracias, dijo Víctor.

Y separándose al momento de la reja, entró en la casa para estrechar de nuevo la mano del padre de Javiera.

Esta se inmutó, pues sin duda un extraño presentimiento le hizo comprender que su tranquilidad estaba amenazada desde el momento en que Víctor ponía el pié en su casa, y por un impulso secreto, juró cerrar las puertas de su corazón; pero ¡ay! dejó abiertos los ojos, y éstos son el camino real, siempre expedito, que lleva al corazón las impresiones; ¿de qué sirve cerrar éste, mientras los ojos están abiertos?

Víctor Guillen tomó asiento, y entablaron los tres la conversación sobre los asuntos de España, sobre el estado del país, sobre la localidad en que se encontraban, sobre todo, menos sobre aquello que interesaba al joven voluntario; á haber estado sólo con Javiera, le hubiera hablado de ella misma, pues ya ha podido comprender el lector que él no era corto de genio, como lo había acreditado con su manera de presentarse en la reja y de entablar el diálogo; verdad es que trataron de muchas cosas indiferentes, pero también es verdad que Víctor, en su silencio significativo acerca de lo que le importaba, dijo á la camagüeyana con los ojos algo más de lo que debe decirse en una primera entrevista; ella no perdió una palabra de aquella telegrafía sordo-muda y acabó á última hora por convencerse de que no eran bastante fuertes el candalo, las llaves y los cerrojos con que quería correr las puertas de su corazón. ¡Y tuvo miedo!

El padre de Javiera comprendió bien pronto, por la manera de expresarse el voluntario andaluz, que no le había engañado respecto á su procedencia y antecedentes, y siguió con mucho gusto la conversación *indiferente* de los tres, resultando que al despedirse Víctor, mostrándose muy agradecido á la acogida que le dispensaban, el anciano se había prendado de su persona, y le dijo:

—Espero que no será ésta la última vez que visite usted mi casa, señor Guillen; amo á los valientes, y es un deber en mí ofrecer la hospitalidad de España.

—Sabré ser digno de la distinción con que usted me favorece, caballero Salcedo, contestó Víctor, no deteniéndose á reflexionar acerca de la promesa que hacía, la que no estaba por cierto muy de acuerdo con su propósito.

Hizo un saludo cortés á Javiera, que se contentó con bajar la cabeza, sin duda para esconder su emoción, y salió ofreciendo volver muy pronto.

—¡Es fino este joven! dijo el padre de Javiera.

—Sí, contestó ella á media voz.

—¡Cáspita! ¡y es muy guapo! añadió el anciano.

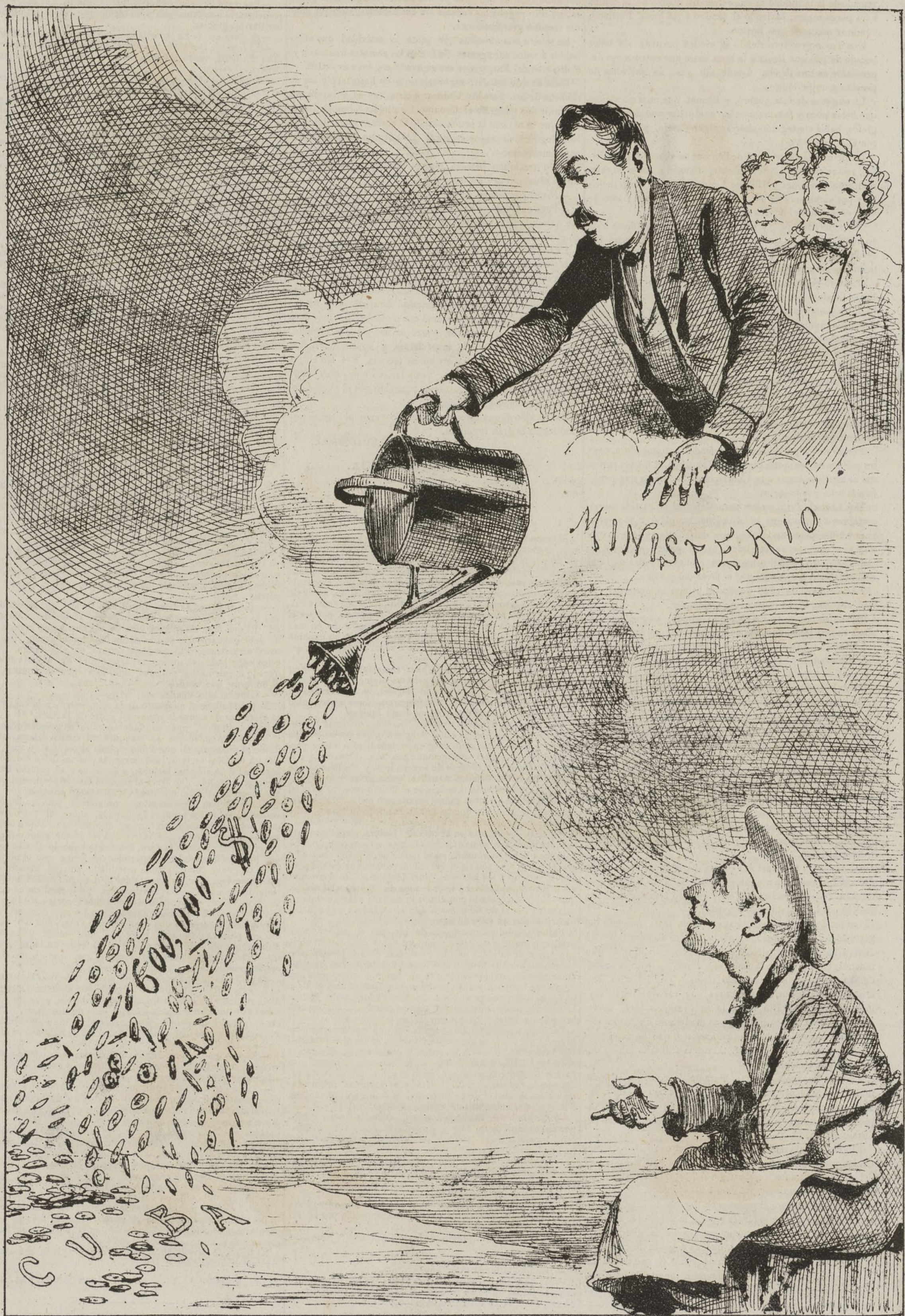
—Sí, repuso la niña en voz todavía más baja.

Cuando Víctor puso el pié en la calle y respiró el aire puro del mar, sus pulmones se dilataron, y echó á andar con paso firme; pero le pareció que del agua salía una figura fantástica que le amenazaba con la mano.

La figura se parecía á Consuelo Vargas. ¿Sería el fantasma de su conciencia?....

(Continuad.)

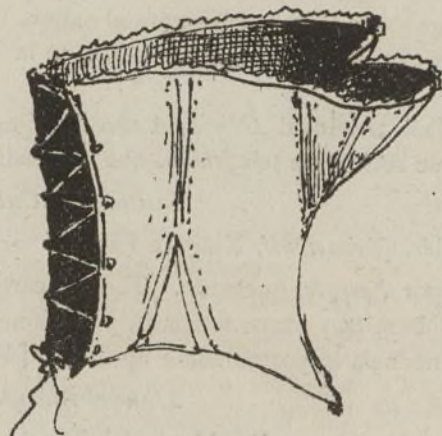
JUAN SIN-TIERRA.



JUAN PALONO.—Muy bien, Sr. Ruiz Zorrilla: siga usted mandando de eso, envíenos usted además unos cuantos refuerzos de hombres y merecerá usted el aplauso de los buenos españoles de Cuba.



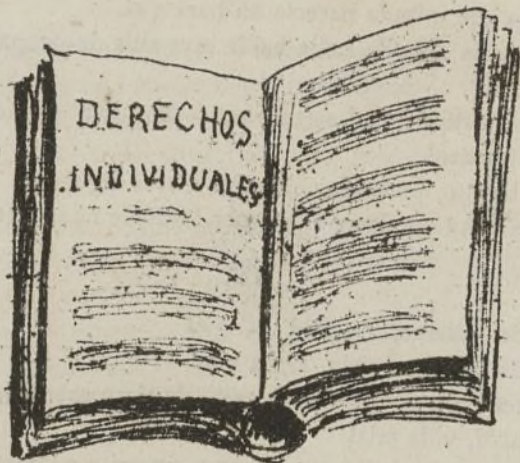
Unos zapatos que cuestan más dinero después de comprados que antes.



Un adorno que cuesta muchas ilusiones..... pérdidas.



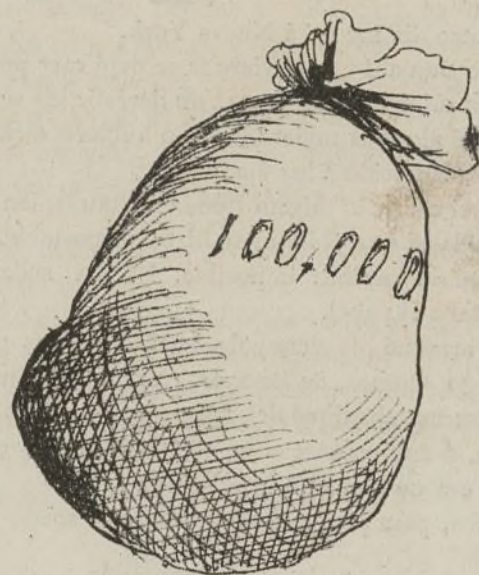
Otro idem de idem.



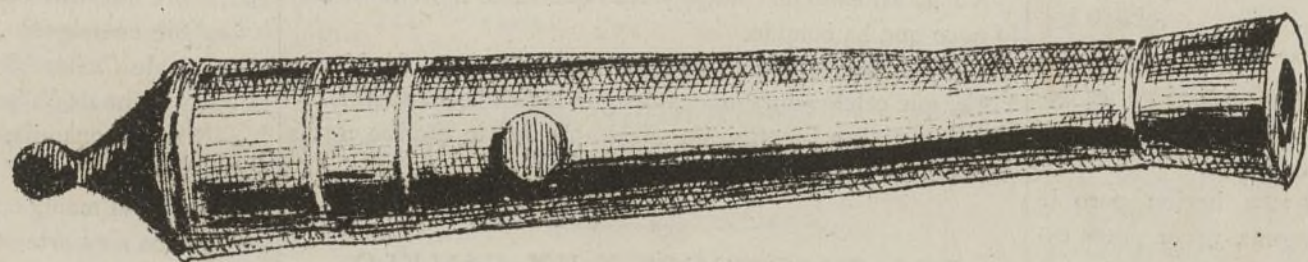
Una página que ha costado muchos trastornos.



Una cartera que cuesta muchos disgustos.



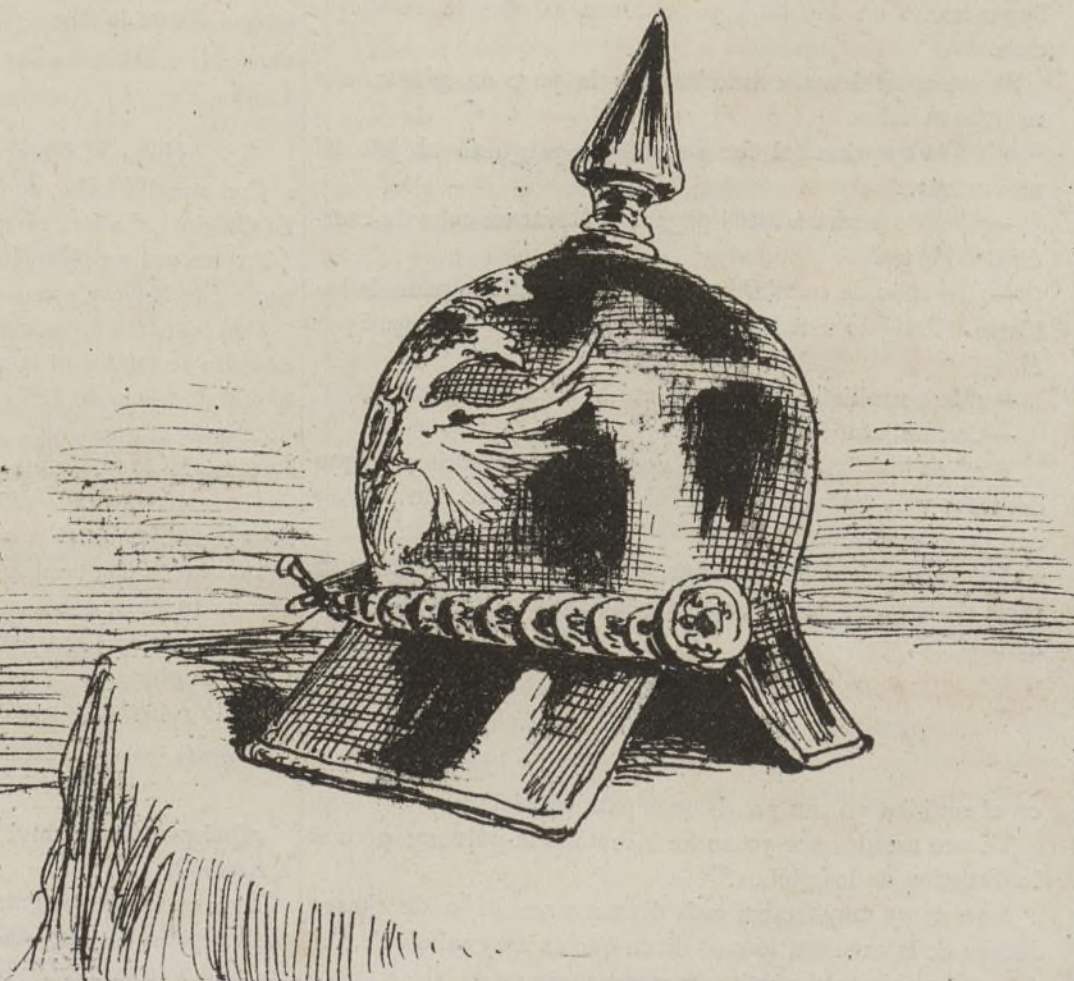
Una tela que cuesta muchos sudores



Un tabaco que cuesta caro á los consumidores de Yara.



Una nariz que cuesta un imperio.



Un sombrero que cuesta muchos miles de hombres.

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NIAGARA FALLS, 3 DE JULIO.



"¿Ois? es el cañón!"

—¿Otra vez el cañón? te oigo exclamar algo amoscado.

¡Qué quieres que le haga, amigo JUAN, si los cañonazos me persiguen!

Yo no he visto gente más aficionada á gastar pólvora en salvas que estos benditos *yankees*.

Cualquier acontecimiento, por insignificante que sea, cualquier parto de gata, muerte de perro ó elección de alcalde lo celebran ellos con salva real y fuegos de artificio.

El otro día era el Jubileo de la Paz, ahora es el aniversario de una guerra. Para este pueblo todo es igual.

Quedábamos ayer (como diría Fray Luis de Leon) en que me iba al baile del Coliseo.

En efecto, después de ponerme de riguroso uniforme, que también la sociedad tiene uniforme, esto es, el frac, corbata y guantes blancos, me encaminé, ó, mejor dicho, me encaminó el cochero hacía el Coliseo.

El baile estaba lucidísimo.

John Strauss hacía de las suyas con la orquesta, y John Bull hacía de las *mias* con una linda niña de Boston.

Ahí verán ustedes:



Al otro día me fui á Nueva York.

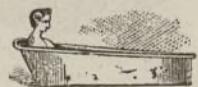
Pero cata ahí que el viernes se dejó caer por aquellos barrios un calor bestial, "capaz de derretir los sesos á un insurrecto, si algunos tuviera," como hubiera dicho Cervantes si hubiese conocido á los mambises.

Aquel calor, lo mismo que la calumnia, iba *crescendo, crescendo*, hasta que el lunes se hizo insostenible.

Traté de escribir: imposible. Estaba sudando tinta y se manchaba el papel.

Me atraqué de champola, gracias á unas guanábanas que el amigo Gomez, de Baracoa, me regaló; me compré una hamaca; me abaniqué del mismo modo que algunos tocan el violon, á dos manos; nada, todo era inútil: cada uno de mis poros era un pequeño Mississippi.

Al fin, para poder escribir tuve que acudir á este sistema:



Me metí en un baño, y sentado dentro del agua, principié sobre una tabla mi epístola semanal.

Al cabo de quince minutos, entre el calor de la atmósfera y el de mi imaginación, ya estaba el agua hirviendo.

Tuve que saltar del baño: miré el termómetro y me quedé frío, digo mal, caliente al ver el mercurio al lado de esta cifra:

99.

Con uno más estamos en el número 100, pensé yo, es decir, el calor de la *Comuna*.

No quise esperar á que llegara este caso.

Hice la maleta: nó, no la hice, ya estaba hecha; pero la rellené de ropa, y pensando que en ninguna parte podía estar tan fresco como en el Niágara, me determiné á venir aquí.

Además, los médicos me han recetado baños de chorro, y en ninguna parte hay un chorro como el Niágara.

Venir en ferro-carril no era cosa de pensarlo, sopena de llegar hecho un *beefsteak*, y perdonen ustedes la comparación.

Se me ocurrió una estratagemá, y la puse en planta con muy buen éxito.

Fui á la empresa del ferro-carril y le pregunté al jefe del movimiento:

—¿Cuánto me hará usted pagar por llevar un cabo de cuerda al Niágara?

—¿Un cabo de cuerda? hombre, eso no vale la pena de hablarlo. Tráigalo usted enhorabuena, que nada le llevaré por él.

—¿Me permitirá usted que lo ate al último furgon?

—Con mil amores.

Y así lo hice, até el cabo de una cuerda al último wagon del tren, y de esta manera vine al Niágara fresco, sin polvo y con la mayor comodidad.

Ah! se me olvidaba decir á ustedes que la cuerda tenía una milla de largo, y que al otro extremo iba amarrado un globo aerostático,



en el cual iba yo con provisiones para el viaje.

Ya ven ustedes que yo no he inventado la pólvora; pero sí la dirección de los globos.

Aquí estoy muy fresco; cada día tomo un baño de chorro debajo de la catarata, lo cual dicen que es muy saludable. A mí me ha abierto el apetito de una manera escandalosa.

Otra idea he tenido al venir aquí, y es huir del barullo que se arma en Nueva York el día 4 de Julio.

Aquello es peor que el Jubileo de Boston.

Hasta se me figura oír la bulla desde aquí, y eso que la catarata brama que es un gusto.

Mañana pienso pasarlo todo el día metido en la gruta ó vereda ó como quiera llamarse, que hay entre las rocas y el arco de agua que forma el Niágara al saltar. A ver si así dejaré de oír el tiroteo con que se celebra en la Union el día 4 de Julio.

¡Albricias! ¡Aleluya! *Gloria in excelsis Deo!*

Acabo de recibir un telegrama, que dice así:

"Santiago de Cuba, julio 2.

"Mr. John Bull, Niágara Falls.

"El vapor *Fannie*, quemado. Todo el cargamento cogido en tierra. Peralta y otros, muertos, y prisioneros los demás. Correspondencia importantísima apresada. [Firmado],

Manuel Márquez,

Presidente del Círculo Español."

¡Bien por los bravos que han hecho esta hazaña! Un apretado abrazo les envío á todos.

Ni el Niágara dá un salto tan grande como el que he dado yo al recibir esta noticia.

Ahora falta que se haga lo mismo con el *Pionner*, un buque de guerra mambí que anda por esos mares y que tiene la siguiente pinta:

¡Hombre, hombre, hombre! Con que al fin se ha hecho una cosa bien hecha! Así debían haber acabado todas las expediciones, para escarmiento de pícaros.

Y Ryan ¿qué se ha hecho de Ryan? Pobrecito!

Voy á dejar aquí su retrato, para eterna memoria.



A última hora.—En el hotel donde me hospedo hay un laborante, y hoy le hice poner el susodicho telegrama debajo del plato.

Lo estuve atisbando cuando bajó á comer, y hé aquí la cara que ha puesto al leer la noticia:



Ha regañado varias veces al mozo, porque encontraba la comida amarga.

No ha acabado de comer, y creo que se le ha sentado mal lo poco que ha comido.

Y pregunto yo: ¿cómo estarán los laborantes de Nueva York, que celebraron con champagne la salida del *Fannie*?

Adios, amigo Juanillo, no dirás que no te escribo cartas ilustradas.

JOHN BULL.

DOS CHASQUIDOS Y UN CAMELO.

I.

"Amado Arturo de mi vida: síes cierto que meamas como yo tea mo hespero que darás la última plueba Detu amor oy mismo día de la fehcá: Ven sin falta hesta nohce ya abla remos. Mi corason harde en amor entusi Asmo y demas.—Tulla

Habana, febrero 3 de 1869."

Con aquella fecha, con el mismo amor é idéntica ortografía dirigió Lelia una carta, igualita á la anterior, á Arturo.

Arturo era un jóven impávido, de color de aceituna sevillana, cuello largo y piernas de tembleque.

Con respecto á posición, dicen que estaba muy bien.... en cuantito se tendía en la cama, y oficio no se le conocía otro que el de novio de Lelia.

Eso sí; él quería á la chica con una de esas pasiones que forman callos en los pies.

De tanto pasear la calle de la novia, digo: ¿por qué otra cosa le nabían de salir callos?

Lo que es ella también le amaba con el frenesí de una jóven de 19 años, confesalos.

La madre de Lelia hacía la vista, no solamente gorda, sino hasta obesa.

Todo sonreía, por tanto á los dos amantes.

¡Amor, sublime amor!

II.

¿Qué prueba de amor sería la que Lelia trataba de exigir á Arturo?

Este se vistió con gran esmero: camisa con chorrera, levita de alpaca, *bomba*, cadena de doublé y tabaco de dos por un medio en la boca. ¡Todo un hombre de pró!

A las ocho de la noche se dirigió á casa de su novia.

Las calles estaban desiertas. Conviene advertir que esta verídica historia, como acredita la fecha de la carta de Lelia, ocurría en aquellos momentos de gran efervescencia, producida por el célebre *pagaré de los cuarenta días* y el desbordamiento de las pasiones que trajo consigo el ensayo de libertad para la prensa, de triste recordación.

Acababa de ocurrir lo de Villanueva, y con manejos ocultos del laborantismo se tendían redes á los incáutos para conducirlos á la manigua.

Algunos cayeron en el garlito. ¡Infelices!

Si ustedes me prometieran no revelarlo á nadie, les diría que Lelia estuvo en el teatro de Villanueva con el pelo suelto aquella noche famosa, que gritó más que siete y que en el tumulto perdió una liga, sin saber cómo ni cuándo.

Hay que advertir que Lelia llevaba las ligas con un broche tan complicado que no era posible soltarlo más que por mano maestra.

III.

La entrada de Arturo en casa de Lelia produjo grandísima sensación.

A la niña se le cayó el abanico que tenía en las manos. La mamá retiró las suyas precipitadamente del sitio donde las tenía, que yo no sé cuál fuese. Un caballero, amigo íntimo de la familia, que estaba pegadito á la mamá, se puso muy colorado y se limpió el sudor de la frente. El perrito faldero dió un aullido y movió la cola. ¡Animalito! En el saludo de este sér irracional había, positivamente, más sinceridad que en los de los tres que eran racionales (hasta cierto punto).

Lelia estaba encantadora, mejorando lo presente. Vestía fresca bata de *olan de nieve*; cuyo escote, bastante.... espléndido, dejaba ver los hombros y sus adyacentes.

Arturo fijó en ella sus ojos de una manera tan penetrante, que más que mirada parecía un barbiquí.

Junto á la silla de Lelia había otra silla desocupada. ¡Qué casualidad!

Arturo ocupó aquel asiento más de prisa que corriendo. ¡Ah bribonazo!

El falderito meneó la cola y los astros siguieron su majestuosa marcha sin darse por entendidos de nada. ¡Ingratos!

IV.

—¿Me quieres, Arturo?

—Más que á mi vida, Lelia mia!

—Pues para ser tu esposa exijo de tí un sacrificio.

—Habla, vida mia!

—Te conocí caballero y paisano, necesito adorarte héroe.

—¿Me confundes, pichona mia!

Arturo abusaba del posesivo.

—Júrame que no serás mi esposo hasta que cubra tus sienes el laurel de la victoria!

—¿De qué victoria?

—De la que obtendrás, de la que obtendremos, mejor dicho, sobre nuestros enemigos.

—¿Qué enemigos?

—Los de *Cubita libre*: acuérdate de lo que hicieron conmigo la noche de Villanueva: Arturo, aquello pide venganza!

—Nó, pichona mia; aquello pide una ligas nuevas y yo te las compraré.

—Vete á la manigua: lucha, vence, gana una batalla y ven en seguida á casarte conmigo!

—Canario! Mejor es que nos casemos, dejando la batalla para otra ocasión.

—Ingrato, no me quieres! Qué desgraciada soy! Yo me moriré de pena, sí, señor, de pena y de amor!

Y Lelia se echó á llorar.—Era la tercera vez que lloraba en su vida.

La primera, porque la modista le hizo corto un vestido: la segunda, porque vió al perrito faldero lleno de pulgas: la tercera, porque su novio se resistía á ganar una batalla. ¡Sería sensible!

Arturo se conmovió. ¡Era todo un caballero!

—Si esta chica se muere, pensó, vá á ser una desgracia muy grande ¡ya lo creo! un entierro cualquiera cuesta un sentido!.... Yo no debo cometer un crimen!.... O la quiero ó no la quiero.... las cosas claras!

—Triste de mí! quiero morirme! decía Lelia haciendo pucheros.

—Nó, mujer, nó; suspende por ahora tus deseos: iré á la manigua, haré allí una barbaridad ó dos, y vuelvo á casarme.

—Júrame que seré vengada!

—Lo juro. Pero y si me matan?

—Moriré yo también.

—Y si me entretengo algo por allá?

—Nadie verá mi rostro, que sólo tuyo ha de ser. Acaba, Arturo, acaba con la *ferocidad española* y vuelve, que aquí harás la recompensa.

Arturo se levantó medio turbado y cogió el sombrero.

Lelia le acompañó llorosa hasta el portal.

—¡Tuya ó de la muerte!

Y se oyó un chasquido. Otro, con más malicia que yo, hubiera tomado aquel chasquido por un beso, pero yo..... ¡Dios me libre de pensar mal!

Y aquí tienen ustedes cómo ha salido ya á la escena uno

de los chasquidos del cuento. Es decir, que tengo ya justificada la tercera parte del título de esta verídica relación.
¡Qué listo soy!

V.

Con el pensamiento puesto en su dama, la confianza en sus pies y la sangre en la faltriquera, se embarcó Arturo la mañana siguiente para Cayo Hueso.

Hizo la travesía en un vivero y disfrazado de vendedor de fósforos.

Oh! era un aprendiz de héroe desde la frente al tobillo! Era, si no me equivoco, un cachito más de carne de cañón para las tropas españolas: una víctima de los caprichitos de una mujer, como otros muchos que se fueron á la insurrección seducidos por unos ojos negros ó pardos ó azules ó de color de agua tibia; el color importa poco.

Si *La Revolución* hubiese conocido á Lelia estamparía en sus columnas: "Ese es el tipo de la mujer cubana, de la heroína que nos enseña el camino de la insurrección. ¡Oh, matrona romana! (de imitación). ¡Oh, gran figura en la historia de la mambisería!—Ni las mujeres pueden resistir la *ferocidad española*!"

Y la *ferocidad española* consistía en una liga perdida por Lelia, sabe Dios cómo.

VI.

Arturo llegó á la manigua y le dieron un fusil. Lelia se puso muy triste y le dieron unas tercianas. Cada vez le tenía más tirria á todo lo que fuese español. Le dirigió tres epístolas encomiásticas á doña Emilia Casanova.

¡Sería intrépida!

VII.

"Lelia mía: soy un héroe. Me he batido cinco veces desde lo más alto de una ceiba. He llevado ya once palizas. Soy un héroe, aunque bastante deteriorado.—Te amo:

Arturo."

Lelia recibió esta carta y se ignora el efecto que le causó. Ya no tenía tercianas ni estaba triste.

VIII.

Trascurrieron once meses y veintinueve días. A las ocho de una noche llegó un mancebo á la puerta de la casa de Lelia. Le faltaba un brazo (al mancebo, no á Lelia), llevaba un parche para disimular la ausencia de un ojo, y cojeaba.

Era Arturo, convertido en héroe muy usado. Al llegar el joven, estaba el portal bastante oscuro, y en un extremo se oyó un chasquido.

Arturo se estremeció. Era un chasquido idéntico al que sonó en su despedida.

¿Qué tal? ya pareció el segundo chasquido. ¿Me porto ó no me porto?

Arturo fué adelantando hasta llegar á la puerta de la sala. ¡Cuadro desconsolador!

Lelia tomaba asiento en aquel instante junto á un galán de bigote negro, natural de Gijón y teniente de voluntarios. Es decir, español hasta los tuétanos.

La mamá estaba pegadita al amigo de marras. Arturo se puso feo hasta la exageración.

—¿Quién es ese hombre? dijo el teniente.

—Ese? balbuceó Lelia, ese es un insurrecto enemigo de nuestra patria: un infame que viene á turbar mi felicidad en las vísperas de mi boda! Y se desmayó, al parecer.

—A la guardia! á la guardia! gritó la mamá.

—Estamos vendidos! que lo fusilen! exclamó el amigo íntimo.

Arturo salió huyendo al escaso correr de sus piernas averiadas.

IX.

Lelia se casó. El amigo íntimo se puso muy flaco desde que la mamá de Lelia se quedó sola en casa y sola lo recibía.

De los dos *chasquidos* ya tienen ustedes noticia: en cuanto al *camejó* que completa el título, el que sea más listo que lo busque.

JUAN DE AUSTRIA.

JUAN Y PEDRO.

Era Pedro un animal, y era Juan un guapo chico; Pedro, aunque bruto, muy rico; Juan, un sábio sin caudal.

La caprichosa fortuna dió á uno pobre condición, y el otro compró un blason con que ennobleció su cuna.

Todo el mundo, con respeto de Pedro el borrico hablaba, y de hinojos se postraba ante tan noble sujeto;

Mientras que el ajeno lábio trataba á Juan con desprecio; que el sábio pobre es nécio, y el bruto con oro es sábio.

Amaba el pobrete Juan á una niña, con locura, y ella, con igual ternura, pagaba su ardiente afán.

Pero entónces, Pedro el rico quiso á la que Juan amaba, y aunque á Juan ella adoraba, se casó al fin con Perico.

Vió morir su ilusión grata Juan, entre agudos dolores, Porque en sus bellos amores Perico metió la pata.

Se quejó de ello al alcalde, al cura, al pueblo, á su estrella

Pero su justa querella nadie oyó; todo fué en balde.

Entónces buscó á Perico, y con furor verdadero, no se dejó en el tintero insulto grande ni chico.

Mal sentó á Pedro el regalo de las verdades que oía, y á Juan, con alevosía, le atizó un soberbio palo.

Hubo escándalo y proceso, corrió la plata y el cobre, y el pobre Juan, por ser pobre, después de herido fué preso.

Al escuchar la sentencia, cuentan que Juan lloró y dijo: —Se cumplió el refrán, de fijo: "*Tras de cuernos, penitencia.*"—

Y Pedro, con aire fiero, dando un rebuzno, agregó: —Mil palos te diera yo, ya que es cuestión de dinero.—

Pasa un año, y dos, y tres; Pedro aumenta más su hacienda, Y Juan no hay cosa que emprenda que no le salga al revés.

Llegan de hacer elecciones, al pueblo sérios mandatos; ocasión de candidatos y de grandes desazones.

El pueblo de Pedro y Juan, un diputado proclama, señalándole el programa de que se abarate el pan.

Juan dijo:—Lo alcanzo yo si me nombran diputado. Pedro, por no estar callado, quiso hablar y rebuznó.

Dijo Juan:—Con avidez defenderé este lugar. Y Perico quiso hablar, pero rebuznó otra vez.

De Juan brillaba la ciencia, mas, el caso no me explico, los rebuznos de Perico el Pueblo juzgó elocuencia,

Y dijo:—Ya está acordado quien ha de hablar al Congreso; Pedro nació para eso. ¡Viva Pedro el diputado!—

Cuando Juan esto escuchó, dijo para su capote:

—Pedro es rico, y aunque zote vale mucho más que yo.

No hay lid en que no me venza, y para no ser vencido, no me queda más partido que morirme de vergüenza.

JUAN PEREZ.

SARTENAZOS.

El Excmo. Sr. Conde de Valmaseda ha hecho entrega del mando superior de esta Isla al General Segundo Cabo Sr. D. Francisco de Ceballos, y marcha á la Península en el correo del día 15.

Al saludar JUAN PALOMO al ilustre viajero y desearle una feliz navegación, lo hace con el respeto que merecen su elevada gerarquía y distinguidos servicios.

Inútil es decir, que ahora, como siempre, JUAN PALOMO está y estará al lado de la Autoridad, cualquiera que sea la persona que la ejerza, pues juzga que esta es la conducta más patriótica que la prensa puede seguir en esta Antilla.

Cayó el pez en la red manga!

¡Qué ganga, hombre, qué ganga!

El *Pioner*, goletilla *formidablemente* armada [¡oh!!] ha sido capturada por un guarda-costas americano.

Si detrás del guarda-costas, que atrapa, no sale una mano que *suelta*, todo vá bien.

Eh?

Ha perdido España un honrado patricio y valiente militar. La muerte del coronel don Juan Huerta nunca será *bastantemente* sentida.

¡Gloria al mártir de su deber!

No se sabe dónde está Carlos VII.

Se ignora el paradero de Nocedal.

Nadie sabe dónde se encuentra Manterola.

Del cabecilla Aguirre no se sabe ni una palabra.

Nada se oye hablar de doña Emilia Casanova.

¡Dios mio, cuánta gente *perdida* hay por el mundo!

A JUAN PALOMO le participa el señor don Nemesio Guilló, por medio de atenta circular, que ha abierto en la calle de los Oficios, números 23 y 25, un gran almacén de loza, cristales y lámparas, y todo lo concerniente á ese ramo, prometiéndose satisfacer á cuantos le honren con sus pedidos. Gracias por la noticia, y buena suerte, amigo Guilló.

Un yankee, que se llama Burden, ha ganado once millones de pesos con un privilegio para hacer herraduras perfeccionadas.

Es decir, que se ha hecho rico por tener el don de *errar*.

Con que, saque usted la cuenta!

Oigan ustedes; el acreditado juriconsulto señor don José Antonio Villegas, que entre los varios cargos que ha desempeñado en esta Isla con notoria aptitud se cuentan los de Alcalde Mayor de Cárdenas, Bejucal y Remedios, ha decidido plantar sus reales en la Habana, y tiene ya abierto su estudio de abogado en la calle del Consulado, número 49.

Como el señor Villegas es un letrado tan probo como distinguido, damos con gusto á nuestros lectores las señas de su casa por lo que se les pueda ocurrir.

Eso me gusta, que cunda la afición á los entretenimientos honestos y divertidos. Digo esto al ver que en muchos periódicos de la Isla se publican soluciones á los geroglíficos de JUAN PALOMO con gran beneplácito de sus lectores.

Me siento halagado por esa deferencia, y prometo que, en cuanto á problemas y otros líos de esa clase, ha de hacer maravillas esta publicación.

Con que, vayan aguzando el ingenio los aficionados al género.

Torres y Gelpí necesitó un artículo para decirnos que trajo á la Habana veinte pesos en oro.

Ahora nos comunica por medio de dos sueltos que llevó tres pesetas americanas á Santiago de Cuba.

Es incorregible ese querido Torres y Gelpí. Parece que no sabe hablar de otra cosa.

Y lo peor es que nos amenaza con una *variedad*, escrita en el estilo que le enseñó un tal Gorgojos, estilo *picante*, voto al diablo!

Vaya, pues que se desahogue y se alivie.

El teniente Chaveaux tuvo la amable condescendencia de visitar en su redacción al director del *Sun*.

—Vaya, me alegro. ¿Y quién es ese señor Chaveaux?

—Hombre, un teniente de armada.

—Pero de qué armada?

—De la que tiene por los mares la república cubana.

—Pero, qué república?

—Canastos, y qué ignorante es usted! Cuidado que se necesita no tener sentido común para no conocer á la república de Cuba, ni á su armada, ni al teniente Chaveaux!

Dice *El Emigrado*, periódico mambí color de rosa y oloroso á tomillo, que se publica en Nueva Orleans, lo siguiente:

"Las expediciones que enviamos á Cuba se pierden siempre porque las ponemos á las órdenes de aventureros como Ryan, que roban el dinero y no prestan ningún servicio."

Hé aquí una verdad como un templo, aunque la haya dicho *El Emigrado*.

A una vieja verde que me pide versos eróticos:

EPIGRAMA.

¡Ah carantoña infernal!
apechuga con Ledesma,
que es autor espiritual;
que yo al verte tan carnal,
me he convertido en Cuaresma.

E. J. DE VARONA.

Segun las noticias de la manigua, el marqués de Santa Lucía ha pronunciado un discurso.

¡Hola! ¡Cómo vá adelantando el señor marqués!

Cuando vivía entre nosotros, apenas sabía hablar ni conocía la gramática, y ahora es ya orador.

Hay hombres así, que el verde los regenera!

Gozo sin límites, frenético entusiasmo y extraordinario júbilo rebosa un número de *El Republicano* de Cayo-Hueso que acabo de recibir.

Y todo porque el desgraciado creyó al pie de la letra una falsa noticia dada por un periódico de esta ciudad, de haber desembarcado *felizmente* la expedición del *Fannie*, noticia que no quiso rectificar, por aquello de: "antes mártir que confesor."

La noticia del supuesto triunfo de Julio Peralta Menó á los tabaqueros cubanos de febril alegría; lágrimas de "purísimo gozo" inundaron la, por costumbre, súa cara de Juan María Reyes; se entonó una *guaracha* en favor de *Cuba libre*, y se empuñó el codo hasta verte, Cristo mío. Reyes hizo prodigios en eso de empuñar.

Pero ¡ay! cuán poco duran las glorias de este mundo.

O, como dijo el poeta:

Lástima grande,
que no sea verdad tanta mentira!

Al otro día se supo en Cayo-Hueso:

1º—Que la expedición había sido cogida íntegra, según la necesitan los españoles para su uso particular.

2º—Que el *Fannie* había sido entregado al tormento del fuego, desapareciendo con él todo el cargamento de esperanzas laborantiles que traía en la bodega.

3º—Que Julio Peralta, Angel Torres y demás compañeros de infortunio, necesitan á la fecha un buen *responso* en lugar de los laudatorios excesos que le consagran los perdularios de Cayo-Hueso.

Reyes y su pandilla, al saber esta horrible verdad, se han quedado pegados á la pared, y exclaman, arrancándose las greñas de gusto:

"Tanta ilusión en humo convertida!"

NO SE PUEDE SER MARIDO!

Juanita baila y más baila
mientras toca su marido,
y unos pollos y unos gallos
dicen en un rincón:
"Ramírez es un Juan Lanás."
¡Sea usted después marido!

Luisa se está en una silla
y junto á ella su marido,
y unas gallinas y pollas
dicen en un rincón:
"Gutierrez es un Oteló."
¡Vaya usted á ser marido!

Cármen se ha quedado en casa,
en el baile está el marido,
y unos viejos y unas viejas
dicen en un rincón:
"Fernandez es un tirano."
¡No se pued ser marido!

(Madrid.)

JOSE ALCALA GALIANO.

La *Revolucion de Cuba* publica una carta de Santiago de ídem, en la cual se leen las siguientes palabras:

"Para nadie es un misterio que esto está perdido, completamente perdido."

Hay que advertir que cuando el corresponsal decía esto se estaba mirando al espejo y se tocaba la panza.

¡Como español, me enorgullece! Sí, señor.

El *Cronista* de Nueva York publicó el día 29 de Junio un suplemento con importantes noticias de España, adelantando DIEZ Y SEIS HORAS al *Herald*, que hasta ahora es el que tenía la fama de más activo.

Se fastidió el yankee!

El periódico español le puso el pie encima.

Un aplauso á Ferrer de Couto.

PENSAMIENTOS PROFUNDOS.

Un *no* es una berruga en el corazón de la mujer.

—Si los perros gobernaran el mundo, las leyes que hicieran serían pulgas.

—La mujer tiene dos pechos y un sólo corazón,—el de su mamá.

—El hastío nació el día en que el hombre inventó los calzoncillos.

—Si la virtud vive en alguna parte, es en el silencio.

SOLUCION AL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

Si enfermo, por mujer no estás cuidado,
cuéntate de seguro abandonado.

He recibido las soluciones siguientes:—Alfredo Vera, Un signo de Zodiaco (Matanzas), Víctor E. Bermudez, y B. D. Sr. D. Juan Rebus, se ha separado usted un poco de lo cierto. ¡Caramba, hombre!

Se han recibido en esta redacción los números 1º y 2º del *Boletín de Bomberos*, que ha empezado á publicarse en esta ciudad bajo la dirección de don Pedro Tomé, coronel de dicho cuerpo.

Calificamos de útil y necesaria esta publicación y vemos con gusto por los interesantes números publicados que llena su misión de un modo satisfactorio.

El célebre padre Jacinto ya está fuera de la iglesia católica. Lo tomó el hombre con empeño, y al fin se salió con la suya.

En lo sucesivo ya no se le podrá decir el padre Jacinto, sino don Jacinto los extraños, y Jacintillo las personas de confianza.

LOGOGRIFO

Nueve letras yo tengo,
y soy un sitio
donde construyen barcos
y guardan mistos.
Luego revueltas,
muy parecidas cosas
darán á éstas.

Dos cuadrúpedos raros
chicos y feos;
á uno falta, otro tiene
bastante pelo.
Una vasija
de la iglesia, una cosa
y una medida.

Sinónimo de estirpe,
prosapia ó casta,
de mujeres un nombre
también se saca.
También un verbo,
y de todas las cosas
lo que es más bueno.

Un sin fin más de nombres
sacar se puede;
mas para ver el todo
bastantes tienes.
Piensa y cavila,
y que Dios te ilumine
y te bendiga.

FRANCISCO DE P. ROCA.

Habla JUAN PALOMO, y dice:

Queridos lectores, ¿no es verdad que es importante y útil y original la idea que he puesto en planta de publicar las chispeantes correspondencias de *John Bull* con ilustraciones intercaladas en ellas, tal cual aparece la de este número?

Díganlo ustedes, lectores míos, porque no está bien que lo diga yo, echándome flores.

Pues aún hay más novedades: sabed que he tenido por conveniente mandar á *John Bull* á paseo por cuenta mía, y provecho de vosotros; sus próximas correspondencias vendrán fechadas en el Canadá, New-Port, Saratoga, Long Branch, Boston y hasta en Pekín, si hasta allí se resbala, que todo puede ser.

Tendremos gráficos cuadros de costumbres, epístolas apetitosas y cuanto hace al caso, debidas á su pluma festiva é intencionada.

Me parece que esto es algo.

Y todo por mor de ustedes, lectores de mis entretelas.

Yo creo que por un peso al mes no se pueden pedir más gollerías.

¡RECUERDOS!

¡Cuántas veces ante este verde prado
que alegre fecundiza un arroyuelo
(¡ay, temo eternecerme demasiado!)
los pantalones me bajó mi abuelo!
Y después de cebarse crudamente
en mi carne inocente,
sin duda conmovido
el pantalón de nuevo me subía....
¡Por qué volvéis á la memoria mía,
tristes recuerdos del placer perido?

Hablando de la última crisis ministerial un periódico madrileño, dice que cuando el rey consultó á los Presidentes de las Cámaras, cada uno de por sí aconsejó á S. M. que encargase la formación del gabinete á su compañero.

Algo se parece esto á aquel chascarrillo:

—Compadre, dos buenos mozos hay aquí; el primero es usted, el segundo.... usted dirá quién es.

Y estaban los dos solos.

GEROGLIFICO.



(La solución en el número próximo.)

BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

(10)

LIBROS MODERNOS

RECIBIDOS RECIENTEMENTE PARA SU VENTA EN

LA PROPAGANDA LITERARIA,

O'Reilly, 54, entre Compostela y Habana.

Elementos de medicina operatoria, por W. Roser, profesor de cirugía en la Universidad de Marbourg.—Esta obra, en la que se expresan los apóstos y vendajes indicados en cada enfermedad, basados en los conocimientos anatómicos y en la experiencia de los casos que pueden presentarse en todas las regiones del cuerpo humano, ha sido traducida al castellano por el Ldo. D. M. Baldivieso y aumentada con la exposición de las operaciones elementales y datos operatorios, con presencia de los trabajos de Argumosa, Quijano, Malgaigne, Sedillot, Bernard y Huet.

Un tomo en cuarto, de unas 900 páginas, con figuras intercaladas en el texto. Rs. 44

El libro del propietario, por el Dr. D. Manuel Danvila.—Dos ediciones llevaba hechas el autor de esta importante obra cuando el cambio de situación política en nuestra patria ocurrido con los sucesos de Setiembre de 1868, modificando esencialmente algunos puntos de nuestra legislación, hizo necesaria, no una nueva edición, sino un nuevo libro, que es lo que ahora se anuncia, que dé al propietario clara idea de sus derechos y le señale los medios legales de defenderlos.

Un tomo en cuarto mayor, de más de mil páginas, edición de 1872. Rs. 40

Proceso Clemenceau: historia de un acusado, por A. Dumas (hijo). Durante mucho tiempo fué objeto en Francia de todas las conversaciones, y dió pasto á la insaciable voracidad de la prensa, el proceso que con su peculiar galano estilo y su viva imaginación presenta en forma de novela el hijo de Alejandro Dumas.

Un tomo en 8º, de 300 páginas, edición de 1872. Rs. 6

Compendio de química inorgánica general y aplicada á las ciencias médicas, seguido de unas nociones de química orgánica, por don Joaquín Olmedilla y Puig. Un bosquejo histórico de la química, nociones generales de los cuerpos, metaloides, ácidos, metales, juntamente con las sales de los mismos; aplicaciones médicas, algunos problemas prácticos: hé aquí resumido el orden de los asuntos de que trata esta obra.

Un tomo en cuarto, de más de 600 páginas, ilustrado con grabados. Re. 40

Las españolas pintadas por los españoles.—Colección de estudios acerca de los aspectos, estados, costumbres y cualidades generales de nuestras contemporáneas, ideada y dirigida por Roberto Robert, con la colaboración de los más distinguidos escritores festivos de la Península y adornada con preciosos grabados.

Dos tomos en cuarto, de más de 300 páginas cada uno, edición de 1872. Rs. 32

El cimarrón, novela escrita en inglés por el capitán Mayne-Reid; segunda parte de *La Criolla de Jamaica*. Pertenece esta obra á la interesante colección científica-recreativa que escribe el autor bajo el título de "Aventuras de mar y tierra" y que publican en Madrid, ilustrada con preciosos grabados, los editores Gaspar y Roig.

Un tomo en cuarto mayor, de más de 70 páginas. Rs. 4

Compendio doctrinal de la historia universal hasta 1852, escrito en alemán por el Dr. D. Gregorio Weber, ampliado en general, y en relación á España, por el Dr. D. Julian Sanz del Río. El mérito de esta obra se comprende con saber que en España está señalada de texto para los estudios de ampliación de la facultad de filosofía.

Cuatro tomos en 4º, de unas 500 páginas cada uno. Rs. 80

Cuentos de salón, por Teodoro Guerrero y Carlos Frontaura.—El tomo quinto de la propaganda de la familia, que acaba de recibirse, contiene las novelas de Guerrero *El vellocino de oro* y *Fea y pobre*.

Un tomo en octavo, de 300 páginas. Rs. 4

Proceso de la Commune de París.—Primera serie.—Relación completa y detallada de todas las causas que se están siguiendo por el Consejo de Guerra de Versalles, contra los jefes de la última insurrección de París. Acusaciones, defensas, interrogatorios y sentencias dictadas contra los miembros de la Commune, del Comité Central, escritores públicos y demás principales acusados con motivo de la insurrección comunalista.

Forma esta obra un tomo casi fóllo á dos columnas, con unas 200 páginas, materia compacta, clara impresión y vá adornada con nueve retratos de los principales procesados, el Presidente del Congreso y el del Comisario, así como varias láminas que representan el aspecto de la sala de Sesiones del Consejo de Guerra de Versalles; el aspecto de la Cárcel de Orangerie de Versalles, en las horas de comunicación; el del acto de la lectura de la sentencia á los miembros de la Commune; el fuerte d'Enet, prisión de varios de los insurrectos de París. Los Comunalistas en los Pontones, jaulas de hierro construidas á este propósito.

Precio de la primera serie de esta obra, encuadernada á la rústica. Rs. 12

Segunda serie.

Forma esta obra un tomo casi fóllo, á dos columnas, de unas 100 páginas, materia compacta, clara impresión, y vá adornada con cinco retratos de los principales acusados y las láminas *Las Petroleras* ante el Consejo y los Pupilos de la Commune en la cárcel.

Precio de la segunda serie de esta obra, encuadernada á la rústica. Rs. 6

ADVERTENCIA.

Todas estas obras se hallan encuadernadas á la rústica, cuando no se expresa que están empastadas. Los precios son fuertes é iguales en todos los puntos de la Isla, siendo de cuenta de esta casa los gastos de remisión al interior. Los pedidos, que deben venir acompañados de su importe en sellos, billetes de Banco ó letra sobre la Habana, se dirigirán bajo cubierta certificada á La Propaganda Literaria, calle de O'Reilly, 54.—HABANA.

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria."

CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.